

Domingo XXIV. LA ALEGRÍA DEL PERDÓN

I. Felipe Fernández Caballero

TEMA CENTRAL

Perdonar es una exigencia para quien, como Pablo, se sabe perdonado por Dios. La actitud irritada del hermano mayor de la parábola del padre misericordioso es el contrapunto de la compasión de Dios. En este contraste de modelos, a nosotros nos queda la elección.

LECTURAS

1ª Moisés obtiene el perdón para el pueblo infiel

Éx 32,7-11.13-14

En el A.T., la misericordia de Dios, que da una nueva oportunidad a los pecadores, se designa con el término tan humano de “arrepentimiento”, poco acorde con la idea filosófica de la inmutabilidad de Dios.

Tan pronto como es concluida (Ex 24), la Alianza con Dios en el Sinaí es violada: Israel adora un becerro de oro. Este relato desempeña un papel fundamental en la historia de Israel, un poco como su «pecado original».

- vv. 7-10: Relato del pecado de Israel y juicio de Dios sobre «este pueblo».
- vv. 11-13: Moisés intercede; apela a la fidelidad de Dios: primero a la liberación de Egipto, (v. 11), después a las promesas a los patriarcas (v. 13). Por último, en el v. 12 (omitido), a su honor ante los enemigos.
- v. 14: Dios decide no castigar a «su pueblo». El Dios de la Alianza es un Dios que perdona (*Salmo 50*), lo que permitirá la renovación de la Alianza (cf. Ex 34).

El tema del perdón es central en esta lectura y en el evangelio: perdón colectivo en Ex 32, e individual en Lc 15. Dios no cesa de amar a Israel como hijo suyo. Moisés intercede por su pueblo y rechaza el no ser solidario con los culpables (cf. vv. 30-32). Prefigura de este modo el papel de Jesús, solidario con sus hermanos (Heb 2,10-18), intercesor ante el Padre (Lc 23,34) y cordero de Dios que toma sobre sí el pecado del mundo (cf. Jn 1,29)

2ª. Cristo vino para salvar a los pecadores

1 Tim 1, 12-17

Comienza la proclamación de una de las cartas pastorales de S. Pablo. El Apóstol es buena muestra de la generosa misericordia de Dios que le perdonó su pasada vida de perseguidor de la Iglesia.

San Pablo comunica aquí su experiencia personal: él, pecador, ha sido, no obstante, escogido por Dios para ejercer un ministerio; Dios le ha otorgado su confianza. Esto era un acontecimiento para la jovencísima Iglesia. A la vista de los demás apóstoles elegidos por Jesús y que habían compartido su existencia, Pablo, el que los perseguía, se ve colmado de la gracia del Señor, y helo ahí ministro del Señor, como ellos. El caso podía resultar chocante. Pablo recuerda la conversión, siempre posible con la fe y el amor en Cristo Jesús. Más rotundo todavía: considera que su estado de pecador y su conversión entran en el plan de la Providencia divina: él, pecador, fue elegido "para que en mí, el primero, mostrara Cristo toda su paciencia, y pudiera ser modelo de todos los que creerán en él y tendrán vida eterna".

De esta forma, Pablo se presenta como el primero de los pecadores y también como

el primer testigo de la longanimitad de Dios. La principal enseñanza que quiere dar es: "Que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores". San Lucas ponía en labios del Señor las mismas palabras: "No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores" (Lc 5, 32); y también: "El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10).

Las lecturas de este domingo ponen fin a toda actitud rigorista. No por ello estimulan a la condescendencia con las faltas de los hombres, pero engrandecen el perdón de Dios hacia quienes creen, a los cuales, a pesar de sus faltas, otorga a veces gracias de elección. No tenemos que condenar a los demás toda vez que Dios, desde el momento en que constata el arrepentimiento, perdona y no niega su gracia. Así se derrumba todo lo que pudiera constituir orgullo del "justo" y del observante, frente al perdón que viene de Dios.

Evangelio. Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta

Lucas 15,1-32

En el evangelio se leen tres parábolas en que se opone la misericordia de Dios a la actitud cerrada de los que no son capaces de acoger al pecador. Dios siempre acoge.

Las tres parábolas de la misericordia -tema favorito de Lucas- hablan de la alegría de Dios que perdona. Jesús nos invita a compartir su alegría.

Las tres son una reflexión sobre el misterio de la conversión y del perdón, y las tres terminan señalando la alegría de volver a encontrar lo que se había perdido. La idea de este texto es bien clara: se trata de alegrarse de la conversión. La alegría viene del perdón, y la conversión es como una consecuencia, un resultado del perdón.

Los fariseos no entran en esta óptica, en esta orientación, y por ello critican: «este hombre acoge a los pecadores». Jesús les dice: «daos cuenta de la alegría de Dios, la alegría que Dios siente en acoger, en perdonar». La alegría es más importante que la conversión. Igualmente, la pecadora amaba porque se le había perdonado. Es siempre Dios el que empieza.

Debemos señalar igualmente un contraste importante entre las dos primeras parábolas y la tercera. Las tres tienen como objetivo la vuelta del pecador, pero la consideran desde dos puntos de vista diferentes y complementarios. La oveja y la dracma son seres inconscientes: hay que ir a buscarlos. Estamos ante una imagen de la misión de Jesús: Dios envía a buscar al pecador, siempre es él el que empieza. Se habla de «conversión del pecador», pero el pecador no se convierte más que porque Jesús ha ido a buscarle; solo, nunca hubiera podido abandonar su triste situación.

La parábola de la acogida del padre -en efecto, él es el personaje principal de la misma- presenta el aspecto inverso: el padre deja que su hijo abandone la casa paterna no porque no le ame, sino porque respeta su libertad; y el hijo, tras las dolorosas experiencias que se suceden tras su partida, se pone en camino hacia el encuentro con su padre. Si las dos primeras parábolas son las de la búsqueda, la tercera es, pues, la de la vuelta. De esta manera, Jesús presenta, una frente a otra, las dos libertades que juegan en todo perdón: la del padre que espera el encuentro del pecador y a su llegada corre en su busca, y la búsqueda del pecador que va al encuentro de la acogida del padre.

Se trata evidentemente de dos aspectos complementarios del perdón: en el perdón –como en la conversión, como en la fe– se produce siempre el encuentro de dos libertades.

El perdón no es humillante, no rebusca en el pasado. El perdón es un respeto mutuo, dos libertades que se encuentran.

HOMILÍA

"Creo en el perdón de los pecados". Esta confesión de nuestra fe cristiana no siempre es expresión sincera de lo que pensamos y sentimos en el fondo de nuestro corazón. Nos resulta difícil entender que Dios pueda perdonar determinados comportamientos, y así lo decimos espontáneamente: "ésto no tiene perdón de Dios". Queremos que él nos trate con misericordia, pero exigimos que recaiga sobre los demás no sólo el peso de la justicia humana sino también el de la justicia divina.

¿Cómo podremos conciliar el anhelo de justicia ante tantos crímenes hasta ahora insospechados, la aceptación del perdón universal de Dios y nuestra exigencia cristiana de perdón? Necesitamos, hoy más que nunca, momentos de reflexión honda y de oración intensa, en los que pedir al Señor que perdone los pecados de todos, porque todos estemos dispuestos a perdonar, como Jesús nos enseñó.

Perdonar es ser como Dios. Las últimas palabras de Jesús en la cruz son palabras de perdón. Y nosotros, para ser de verdad discípulos de Cristo, tenemos que aprender a perdonar. Las lecturas de este domingo nos muestran hasta qué punto el amor de Dios es capaz de misericordia y de perdón

El pueblo de Dios se ha corrompido. Se ha hecho un toro de metal y se postra delante de él reconociéndole como el Señor que le sacó de Egipto. Las primeras palabras de Dios formula un juicio duro e implacable del comportamiento de su pueblo: "*mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos*". Moisés intercede; no defiende la causa del pueblo, porque sabe que no tiene excusas, pero se atreve a pedir a Dios que se examine a sí mismo, que recuerde que fue él quien lo eligió como su pueblo y que lo sacó de Egipto por fidelidad a su palabra. La oración de Moisés se apoya, pues, en Dios mismo: en lo que él es y en lo que ha hecho por su pueblo; en su bondad misericordiosa. La salvación, la historia y el futuro del hombre son posibles, a pesar de sus muchos pecados, porque Dios renuncia a su justicia y deja que prevalezca su misericordia.

Pablo parte hoy de su experiencia personal para mostrarnos también la inmensidad de la compasión de Dios. Dios le ha otorgado su confianza. Se presenta, pues, como el primero de los pecadores y como el primer testigo de la bondad divina. Su testimonio está impregnado de convicción y gratitud: "*podéis fiaros y aceptar sin reservas lo que os digo: que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero*". Para el Apóstol, Jesús es la encarnación misma de la misericordia de Dios y de su voluntad de perdón. Nadie queda excluido de esa voluntad salvadora.

En el capítulo 15 de su Evangelio, Jesús mismo, con las parábolas de la misericordia, nos ha presentado la imagen de un Dios que perdona, que no pide cuentas, que no hace preguntas, que sale a buscar a la oveja perdida hasta que la encuentra, e invita a actuar de la misma manera.

Al anunciar al Dios de la misericordia, Jesús no aprueba las iniquidades de los hombres, ni repreuba el legítimo ejercicio de la justicia, pero tampoco acepta la actitud orgullosa de quien, considerándose irreprochable, se cree con derecho a juzgar y a condenar al culpable, por muy justificado que esté el rechazo y la condenación de sus

comportamientos. El Reino que Cristo ha venido a proclamar no tiene nada que ver con la justicia fría e implacable que brota del odio o la venganza, y que, lejos de restaurar el orden violado, puede desencadenar una espiral interminable de violencia. Dios ama la paz; quien invoca su nombre debe saber que la paz es fruto de la justicia; pero, además, que hay algo que es esencialmente incompatible con su reino de paz y de justicia: negarse a perdonar y a ser perdonado.

Hemos comenzado la celebración dominical reconociendo nuestros pecados. Rezaremos juntos la oración del Padrenuestro, en que Jesús nos enseñó a pedir y a ofrecer el perdón. Y con un abrazo de paz expresaremos después nuestra voluntad de reconciliación. La conversión del corazón y el perdón de las ofensas son los presupuestos esenciales de la participación en la Eucaristía y de la comunión fraternal de los hombres y de los pueblos.

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»: «Esta petición es tan importante que es la única sobre la cual el Señor vuelve y explica en el Sermón de la Montaña. Esta exigencia crucial del misterio de la Alianza es imposible para el hombre. Pero todo es posible para Dios» (2841).

«Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia» (2840)

TESTIMONIO CRISTIANO

«Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despidió del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel» (San Cipriano) (2845)

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

En el Antiguo Testamento la misericordia de Dios, que da una nueva oportunidad a los pecadores, se designa con el término tan humano de «arrepentimiento», poco acorde con la idea filosófica de la inmutabilidad de Dios.

En el evangelio se leen tres parábolas sobre la misericordia de Dios, que son propias del Evangelio según S. Lucas. En las tres destaca la alegría por la reconciliación de los alejados, en contraste con el descontento de los fariseos.

Como segunda lectura comienza la proclamación de una de las cartas pastorales de S. Pablo. El apóstol es buena muestra de la generosa misericordia de Dios que le

perdonó su pasada vida de perseguidor de la Iglesia.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

El perdón de Dios en Cristo: 1425-1426.

El perdón del hombre: 2842-2843.

La respuesta:

El arrepentimiento: 2838-2841.

El perdón al hermano: 2844-2845.

C. Otras sugerencias

Las tres parábolas de la misericordia se exponen ante la actitud cerrada de los que no son capaces de acoger al pecador. Dios siempre acoge.

En la oración del Señor hay una petición sorprendente que es el mejor comentario a estas parábolas: pedimos el perdón de Dios como nosotros perdonamos.

Audacia en la petición. Confianza en la misericordia divina. Compromiso muy serio de ser como el Padre misericordioso y no como los fariseos.

Sagrada Congregación para el Clero

La misericordia de Dios Padre resuena en el conjunto de la liturgia. Tiene su nota más elevada en el evangelio, que recoge tres magníficas parábolas de la misericordia divina para con los pecadores.

En la primera lectura escuchamos la música de la misericordia de Dios para con su pueblo, gracias a la intervención intercesora de Moisés.

Por último, en la primera carta de Pablo a Timoteo sentimos una cierta conmoción al oír la confesión que Pablo hace de la misericordia de Jesucristo hacia él: "Jesucristo ha querido demostrar en mí, en primer lugar toda su magnanimidad" (Segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

Amor y perdón: las dos caras de la misericordia.

El Dios que Jesucristo nos "pinta" en las tres parábolas evangélicas es el Dios del amor. Dios ama a los pecadores, y por eso los busca como el buen pastor va en busca de las ovejas descarriadas; o como un ama de casa busca un cheque que no sabe dónde lo ha puesto, hasta que lo encuentra. Dios ama al pecador, como un padre ama a sus hijos: al "frescales" que se le va de casa pidiéndole por adelantado su herencia, y al que se queda en casa, pero se comporta con él de modo distante y tal vez huraño. Y porque ama, no puede hacer otra cosa que mostrar su amor: perdonando, comunicando el amor, celebrando fiesta, invitando a todos a compartir su alegría. Este retrato de Dios, pintado por Jesucristo, nos commueve y nos infunde ánimos para vivir dignamente como hijos. Este retrato resalta todavía más si lo

ponemos al lado del retrato que nos ofrece la primera lectura, tomada de la historia del Éxodo. El autor nos narra lo que se podría denominar "el pecado original" del pueblo de Israel: Apenas acaba de "firmar" el pacto de alianza con Yavéh, cuando la rompen, se construyen un toro de metal fundido y lo convierten en su "dios" en lugar de Yavéh. Dios se llena de ira y quiere exterminarlo. Sólo la intercesión de Moisés logra que Dios se "arrepienta" y abra la puerta de su corazón a la misericordia. ¡Indudablemente hay un progreso en la revelación del corazón de Dios! Con Pablo nos damos cuenta de que ahora la misericordia de Dios lleva por nombre "Jesucristo". En efecto, no sólo se le ha mostrado misericordioso, sacándole de su obcecación en el camino de Damasco, sino que además le ha tenido tanta confianza que le ha llamado a predicar el evangelio de la misericordia en el mundo entero. ¡Cómo no sentir profundo agradecimiento ante tanta magnanimidad de Jesucristo!

Características de la misericordia divina.

1) Ante todo habrá que subrayar que la misericordia de Dios no está sometida a las leyes del tiempo. Y esto en un doble sentido: primero, cualquier momento es bueno para que el Buen Pastor busque la oveja perdida, como también lo es para que el hijo se ponga en camino hacia la casa del padre; en segundo lugar, la puerta del corazón del Padre está abierta las veinticuatro horas del día, no tiene horarios. Nadie podrá decir a Dios: "Cuando te busqué, tú no estabas". 2) La misericordia divina no se agota jamás, está marcada por la eternidad que Él es y en la que Él vive. Mientras exista la vida, siempre habrá la posibilidad de acudir a Él y ser acogido en sus brazos de Padre. No mira Dios el comportamiento indigno que se haya tenido, ni el número de veces que se le ha abandonado y despreciado; mira únicamente los movimientos interiores del alma que anhela el perdón y el abrazo paterno, mira los ojos húmedos como una esmeralda en la que brilla el arrepentimiento, mira los pasos indecisos de quien se acerca a Él para decirle: "He pecado. Perdóname. ¿Qué quieres que haga?". Dios no se fija en la categoría del pecado, sino en la categoría del alma. 3) La misericordia de Dios transforma a la gente, revoluciona en cierta manera la vida del hombre. El pueblo de Israel, en medio de tantas dificultades y a pesar de sus caídas e infidelidades, llevó siempre la bandera del Dios fiel y redentor de su pueblo bien alta. El caso de Pablo es luminoso: puso todas sus cualidades al servicio del Evangelio de Jesucristo y por Él se gastó y desgastó hasta dar la vida. De los dos hijos no sabemos cómo continuaría la historia, pero... ¿por qué no hemos de pensar que se comportarían en el futuro como hijos fieles y cariñosos?

SUGERENCIAS PASTORALES

La "difícil" ciencia del perdón cristiano.

La Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, es la cátedra desde la que Dios enseña a los cristianos, y a todos los hombres, la ciencia de la misericordia, del amor y del perdón. Es una ciencia cuyo aprendizaje dura la entera existencia, porque en cualquier momento de la vida nos puede acechar la garra del odio o de la desesperación en el dolor. ¿Cómo amar a quien te ha difamado o calumniado, sea privada o públicamente? ¿Cómo perdonar a quien, en tu ausencia, ha entrado en tu casa y te ha saqueado? ¿Cómo amar a un pedófilo, que ha querido abusar de tus hijos o de los de tus vecinos y amigos? ¿Cómo perdonar a quien ha metido a tu hija por el negro túnel de la drogadicción, destruyéndola así junto con tu familia? Estas

preguntas, y otras semejantes, muestran cuán difícil es la ciencia del perdón cristiano. Pero el ideal está claro. Si hemos conseguido el aprobado en esta dura y extraña ciencia, seamos gratos al Señor y continuemos buscando superar nuestra calificación. Sin embargo, no nos desalentemos, si todavía estamos lejos de él. Mantengamos en primer lugar la decisión y la voluntad de aprender esta misteriosa ciencia, a pesar de todos los obstáculos que encontremos. Luego, tratemos de ejercitarnos en el perdonar a otros las pequeñas faltas de respeto o de atención, las bromas pesadas que alguien nos pueda hacer, etc., para ir creciendo y ensanchando nuestra capacidad mediante el ejercicio. Leamos, también, con frecuencia la Biblia, sobre todo estas parábolas de la misericordia, los salmos en los que reluce de modo admirable la misericordia divina, y tantos otros textos en los que aparece la misericordia de Dios en acción. En último término, levantemos nuestra mirada y nuestro corazón hacia Jesucristo, hacia toda su vida desde la encarnación hasta la cruz y la resurrección, para que en el contacto asiduo y orante con la vida, y en el misterio de Jesucristo vayamos asimilando poco a poco, paso a paso, la maravillosa ciencia del perdón cristiano. ¡Difícil ciencia! Todo nuestro ser se rebela ante ciertos casos y situaciones. ¡Maravillosa ciencia! Con el perdón de la ofensa, toda la humanidad en cierto modo se mejora y dignifica, y Dios podrá decir: "Sólo por esto vale la pena haber creado al hombre".

El poder de la intercesión.

La intercesión es otro de los nombres del amor. Quien intercede se sitúa como un puente de amor entre el ofensor y la persona ofendida. Ama al ofendido, y por ello comparte su pena, pero tiene la confianza suficiente para suplicarle en favor del ofensor. Ama al ofensor, trata de acercarle al arrepentimiento de lo que ha hecho, e incluso le induce a pedir perdón a la persona ofendida. Y así, mediante la intercesión, se logra la reconciliación y se establece incluso la amistad. La intercesión cristiana no excluye ningún ámbito de la vida: interceder por un familiar ante otro que ha sido ofendido; interceder por un condenado a muerte para que no sea ejecutado; interceder por los presos políticos para que sean liberados, etc. Pero la intercesión cristiana es eminentemente religiosa: interceder ante Dios por los pecadores. Es lo que hace Moisés ante el pecado de los israelitas, como nos narra la primera lectura. Es sobre todo lo que hace Jesucristo, pues toda su vida se puede resumir como una constante intercesión ante el Padre para lograr la redención de la humanidad pecadora. En el catecismo se nos enseña que "la intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús, el único intercesor ante el Padre" (CIC 2634).